

# **JUNIN y AYACUCHO**

## **en el PERU**

Coronel LUIS ALBERTO LEONI.

Sobre la manga del antebrazo izquierdo los integrantes del Escuadrón Ayacucho del Regimiento Granaderos a Caballo "General San Martín", llevan un escudo de color rojo oscuro, con letras bordadas en oro, cuya inscripción sencillamente, dice: "Junín y Ayacucho en el Perú".

El referido escudo, fue ordenado entregar, por Superior Decreto del Congreso General de Colombia, fechado en Bogotá, el 11 de febrero de 1825, a "todos los individuos del Ejército de Colombia, que han hecho la Campaña del Perú" agregándose, en el artículo siguiente, que: "los Cuerpos de toda arma de dicho Ejército añadirán a su denominación la del Vencedor del Perú".

A mediados del año 1824, el General venezolano Simón Bolívar había asumido el poder político y militar en el Perú, lo cual involucraba que los efectivos de los Granaderos de los Andes, tal el título con que entonces se los distinguía a los granaderos argentinos, formaran parte del Ejército de Colombia, al igual que, individualmente, brillantes Jefes, como Guillermo Miller, Mariano Neco-

chea e Isidoro Suárez, entre otros, ocuparon cargos respetables teniendo, bajo su mando directo, unidades operativas y tácticas, dentro del orden de batalla de las fuerzas peruanas, integrantes también del llamado Ejército Libertador de la Gran Colombia.

La intervención argentina, en las dos últimas batallas libradas por la independencia americana, en tierra peruana, si bien no puede considerarse importante, en relación al número de sus componentes lo fue, en cambio, en cuanto a la tremenda gravitación moral y material que tuvo con su significativa presencia, justificando con creces, el orgullo argentino sobre su decisiva participación en la génesis, desarrollo y consolidación de la emancipación de los pueblos del Sur del nuevo continente.

Las conocidas circunstancias del obligado y personal retiro del General San Martín de América, luego de la entrevista de Guayaquil, en 1822, como las tremendas disensiones existentes, en el Río de la Plata, que absorbieron todos los esfuerzos de los sucesivos gobiernos de las Provincias Unidas de América del Sur, en la solución de los problemas internos, luego de la conquista de la libertad de Chile contribuyeron a que la historiografía argentina no le haya otorgado, en las etapas finales de la campaña libertadora, la especial consideración que merecieran, en función de su meritoria actuación, a los Cuerpos militares argentinos que participaron en aquella epopeya.

Aquella lamentable indiferencia propia, por los valientes que quedaron para siempre en tierras hermanas se acentúa, en el tiempo, ante el agravio gratuito promovido por el Mariscal Sucre cuando al referirse, en varias oportunidades, a los cuerpos argentinos participantes, lo hizo en tono despectivo, hacia sus camaradas del sur.

La conmemoración jubilosa del sesquicentenario de la victoria de Junín, lograda el 6 de agosto y la de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, constituyen motivo propicio para resaltar el espíritu libertario de la revolución emancipadora argentina, nacida a orillas del Plata y expandida por la fe y guapeza de sus hijos, a lo largo y ancho del continente, sin que sucumbiera nunca, a pesar de los avatares del destino, durante catorce años de dura lid.

Afirmada en 1822, la revolución emancipadora, en el sur y en el norte del continente sudamericano, quedaba por resolver la continuidad de la lucha en territorio peruano, último bastión del poderío militar en América.

El Ejército Unido argentino-chileno-peruano al cual le había correspondido la gloria de iniciar la campaña libertadora se encontraba desgastado, tras la intensa acción desplegada, durante dos años en el difícil teatro de operaciones del Perú, ante un aguerrido y calificado adversario.

La negativa del Libertador venezolano de apoyar con sus tropas la continuidad de la guerra como, también, el rechazo a la aceptación de tenerlo al propio San Martín a sus órdenes, motivaron la digna y única resolución que le cabía al héroe de los Andes, cual fue retirarse silenciosamente de la escena, cuando estaba a puntos de conseguir el objetivo final de la libertad para dejar, aquella gloriosa culminación, en manos de Bolívar, dueño práctico de la situación militar aliada.

Muchos años después, el propio San Martín, en carta del 19 de abril de 1827, dirigida a Miller, testigo de las luchas de entonces le expresa la razón de su resolución, con claras e inequívocas palabras.

"...En cuanto mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar al General Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada cuando el Ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba con 9.100 bayonetas, pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primer conferencia con el libertador me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podría desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fué tomada en el acto creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país..."

Dueño Bolívar de la situación y decidido a terminar con los ejércitos reales que mantenían todavía importantes regiones, con numerosos efectivos, en el interior del Perú, resuelve la iniciación de la campaña, en julio de 1824, al mando de un Ejército, integrado mayoritariamente por colombianos y peruanos, fuerte en unos 8.000 hombre aproximadamente.

La sublevación del general realista Olañeta, en el Alto Perú, en junio de aquel año, desconociendo la autoridad del Virrey La Serna, obligó el urgente envío de una importante fuerza española, al mando del General Valdés, desde el Cuzco, para sofocar la rebelión en la altiplanicie.

Esta dispersión de esfuerzos en el campo realista determinó el aceleramiento de la marcha de los efectivos patriotas, que al mando del propio Bolívar, se dirigieron desde Pasco, en la búsqueda de las fuerzas principales hispanas comandadas por el general Canterac, situado en la zona de Jauja, con la misión de oponerse, a toda costa a las tropas peruano-colombianas.

Integraba el Ejército Patriota, como única expresión orgánica argentina, un escuadrón del Glorioso Regimiento Granaderos a Caballo de los Andes, al mando del Coronel Alejo Bruix, formando parte de la División Vanguardia, gran unidad de combate colombiana, bajo el mando del General Córdoba.

La marcha simultánea de ambos adversarios los lleva a enfrentarse el seis de agosto, en las pampas de Junín, en una batalla clásica de caballería, resuelta a sable y lanza, donde no fue disparado un solo tiro.

Héroe indiscutido de la acción resulta el Teniente Coronel argentino, Isidoro Suárez, Comandante del primer escuadrón de los Húsares del Perú, que vuelca con sus hombres el desarrollo de la lucha, favorable hasta entonces a los españoles, a punto tal que Bolívar recibe la fausta noticia de la victoria, cuando apesadumbrado, se retiraba del campo de batalla.

En mérito a comportamiento tan ejemplar como valeroso, el propio Bolívar resuelve nombrar, a partir de entonces, a dicho Regimiento con el nombre de "Gloriosos Húsares de Junín", tal como se lo sigue conociendo actualmente, usando el mismo uniforme histórico de la época.

El valor argentino queda registrado, para siempre, en el mismo parte de batalla del Libertador que al referirse a los bravos hijos de la pampa, lo expresa con términos de honra.

“S. E. el Libertador — dice en el parte — testigo del valor heroico de los bravos que se distinguieron en el día de ayer recomiendo a la admiración de la América al señor General Necochea, que se arrojó a las filas enemigas con una impetuosidad heroica, hasta recibir siete heridas; al señor General Miller, que con el primer regimiento del Perú flanqueó al enemigo con mucha habilidad y denuedo; —; al señor Coronel Bruix, que con el Capitán Pringles algunos oficiales y granaderos de los Andes, se mantuvo firme en medio de los peligros; al Comandante del primer escuadrón del regimiento de caballería de línea del Perú, Suárez, que condujo su cuerpo con la destreza y resolución que honrarán siempre a los bravos del Perú; —; al Mayor Olavarría y al Capitán Allende, del primer escuadrón del mismo regimiento; —;

Los españoles habían considerado, hasta entonces, a su propia caballería como invencible, constituyendo su derrota un desastre de tal magnitud, para la moral y estructura orgánica de sus tropas, que Junín significó, prácticamente, el preludio del fin del colonialaje español, de más de tres siglos de permanencia en el nuevo continente.

La batalla librada en las asperezas de las serranías peruanas, el 9 de diciembre del año 1824 resulta, consecuentemente, el colón lógico de una esperanza nacida en el Plata y materializada en Ayacucho, en el sublime logro de la independencia, total y definitiva, de los pueblos de América.

En el Ejército patriota, mandado en esta última acción por el venezolano Antonio Sucre, volvieron a pelear los jinetes argentinos representados por ochenta Granaderos de los Andes, al mando del Coronel José Félix Bogado, confirmado en su grado por el mismo Bolívar, luego de la batalla, en mérito a la valentía demostrada en la acción, al lado de los soldados colombianos y peruanos en la epopéyica discusión de la gloria, por mayores hazañas.

La capitulación de Ayacucho, firmada ese mismo día, en el propio campo de batalla, por el Mariscal Sucre y el Teniente

General José Canterac, encargado del mando superior español, por haber sido herido y prisionero el mismo Virrey La Serna, determinando la rendición incondicional de los ejércitos realistas significa, al lado de la culminación de la larga y cruenta guerra de la independencia el inicio del difícil camino emprendido por las naciones latinoamericanas, en la búsqueda de sus propios destinos, en carácter de estados libres y soberanos.

Años después, el General español, Andrés García Camba, publicaba en Madrid, sus conocidas y famosas "Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú", donde en mérito a explicar las causales de la derrota realista en Ayacucho, señalaba con profusión de antecedentes históricos que ningún ejército, en la historia militar del mundo, había podido rehacerse luego de una derrota, tal el caso de Junín y volcar la acción inmediata a su favor, sin haber transcurrido un elevado porcentaje de tiempo, para la necesaria reorganización de las tropas.

Sin embargo, el historiador militar olvidaba, porque el hecho lo conocía perfectamente que el Ejército Unido argentino-chileno, comandado por San Martín, diecisiete días después del contraste de Cancha Rayada lograba la más importante victoria de la emancipación americana, el 5 de abril de 1818, en los llanos de Maipú, lo cual señala, aparte de la hazaña única realizada, el espíritu indomable de libertad que llevaron en sus corvos y en sus corazones, los soldados argentinos.

Ese espíritu de justicia e invencibilidad fue el que le inculcó San Martín a su Ejército, caso único en la historia, de salir y luchar fuera de sus fronteras para libertar y asegurar soberanía populares, jamás para sojuzgar o inventar desmembramientos, basados en intereses egoístas o de subalternidad geopolítica.

Por ello, por todo lo que significa en el ayer y en el futuro la unión de los pueblos hispanoamericanos, según el legado de la Gran Patria, soñada por el Capitán de los Andes, las batallas de Junín y Ayacucho en el Perú, son glorias legítimas de la criollidad argentina, orgullosamente preñada de americanidad.

